



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

ANTONIO PERRÍN Y VICO



Es actor Perrín y Vico
inteligente y... fogoso.
¡Puedo jurar que este chico
tiene un porvenir glorioso!

SUMARIO

TEXTOS DE TODO UN POCO, por Luis Taboada.—La mujer y el vino, por Constantino Gil.—Fiesta enciclopédica, por Juan Pérez Zúñiga.—Pastel, por Clavel.—Semi-oriental, por Ricardo J. Cazarinos.—Diálogo trascendental, por Saizín Delgado.—Ola paradisíaca, por Antonio Peña y Gómez.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.
GRANDES: Antonio Parra y Vico.—Salón Expres.—Anuncios por Cilla.



Aún dura la dulce impresión que ha producido en algunos seres dichosos el festival palatino.

Quiero decir, que no se ha borrado el recuerdo de la fiesta celebrada en el Palacio real la noche del lunes. Ayer estuve en casa de Salchichín, uno de los oficiales más antiguos del ministerio de Ultramar, y la señora me dijo:

—¿Quiere usted probar la ternera de Palacio?

—¿Qué ternera?

—La de la recepción. Mi esposo nos ha traído una poquita.

—Pero ¿ha ido a Palacio?

—¡Ya lo creo! ¿No sabe usted que es funcionario público? El no pensaba ir, porque está muy acatarrado y no le parecía decente ponerse a toser delante de las instituciones; pero comenzaron a animarle en el ministerio y al cabo se decidió... Vaya, pruebe usted la ternera; verá usted qué rica es y qué suave.

—¿Han repartido raciones entre los convidados?

—No, señor; según dice mi esposo, a cada uno le ponían la comida en su plato, para que la tomara allí mismo; pero él llevaba una bolsita de hule debajo del frac, y en vez de comer, lo iba guardando todo. Lo que siente es no haber podido traer medio jamón en dulce; pero cuando volvió la cabeza, ya se lo había cogido otro caballero.

—¿Y qué tal, se ha divertido mucho?

—El no pudo divertirse, porque le molestaba la tos, y a cada paso tenía que irse a toser detrás de los muebles, y aun así y todo, tuvo un disgusto muy grande con un general, porque no se pudo contener y le tosió en la cara. En esos sitios hay que conducirse con mucha finura y no hacer lo que la señora de un personaje, que se presentó con todos los niños, y al ver que no los dejaban pasar, quiso pegar a los porteros.

De cuando en cuando conviene que haya una recepción como la del lunes, para que salga de su oscuridad Salchichín y para que pueda decir su esposa al día siguiente en la carnicería:

—Hoy no me ponga usted más que un cuarto de kilo de babilla, porque mi esposo cenó ayer en Palacio y está inapetente.

—¿En Palacio?—pregunta el carnicero, todo sorprendido.

—Sí, señor; no ha tenido más remedio que ir, porque es jefe de negociado, y cuando no va, le echan de menos los gentiles hombres.

El caso es que con motivo de la recepción se han acentuado las transacciones mercantiles, porque éste compraba unos guantes, aquí una corbata, el de más allá media docena de botones para la pechera, el otro un cuello postizo, y así sucesivamente.

Hay quien no ha comprado nada, como López, el redactor de *El Eco de la Maremagotta*, que vino a pedirme prestados unos zapatos de charol.

—Hombre—me dijo,—yo quiero ir a la recepción y no tengo calzado decente. ¿Tendrás tú unos zapatos en buen uso?

—¿Quién tiene unos muy buenos en Concha Castañeda—la condesa?

—Sí, pero no le conozco—repuso López.

—Pues entonces, no sé a quien dirigirme.

Por fin, López encontró a un socio del Fomento de las Artes, que tiene unos zapatos de charol bastante buenos, y pudo salir del apuro...

—Pero hasta la fecha aún no se los ha devuelto.

Mientras unos asistían a la recepción y devoraban en silencio el rico hambro, otros andaban por ahí ejerciendo de «hombres terribles» y diciendo en voz baja a sus conocidos:

—¿Le parece a usted bien lo que está pasando?

—¿Qué pasa?

—Los poderosos se reúnen y se entregan a los placeres, y entretanto yo necesito tomar las pastillas cloro-boro-sódicas de Bonald, y no tengo dos pesetas miserables para una caja. ¿Es esto justo? Si fuera a llevarme de mi genio, ahora mismo le ponía un petardo a Cánovas del Castillo debajo de la cama.

—¿Qué atrocidad!

—Es preciso que los remedios sean radicales. ¿Por qué no tengo capa, vamos a ver?

—Usted lo sabrá.

—Porque la he empeñado el lunes, creyendo que mejoraría la temperatura... De pronto se nos ha echado el frío encima. ¡Esto es inaguantable!

—Bueno, pues póngale usted otro petardo a la Divina Providencia.

Hay seres que se pasan la vida rabiando, y no pueden ver que nadie coma, ni estrene un pantalón, ni mejore de salud. A mí me decía uno de estos eternos enemigos de todo el mundo:

—¡Rediós! ¿Qué bueno se ha puesto usted hace unos días!

—Sí; he mejorado bastante, gracias al doctor Castelo.

—Yo no sé cómo se componen algunas personas para tener salud. ¡Maldito sea!

—Hombre, no se incomode usted. Todo lo que puedo hacer es dejar de tomar los medicamentos ó ponerme debajo de un canalón a ver si cojo otra pulmonía.

—Pulmonías, pulmonías... A usted no le parte un rayo.

—Ni quiera Dios.

—Pero no se fie usted mucho por si acaso. ¡Abur!

Y el hombre se fue muy enojado en vista de mi mejoría, y se que anda diciendo por ahí:

—¿Quién? ¿Ése? Ése no lleva trazas de morir por ahora. Si yo hubiera tenido dos pulmonías como él, a estas horas estaría comiendo tierra. ¡Bueno anda el mundo, bueno!

En fin, hay personas que rabian por todo, y de ellas nos libre Dios por los siglos de los siglos. Amén.

LUIS TABOADA.

LA MUJER Y EL VINO

—¿Qué cosa mayor placer?

Yo, francamente, no atino

si me dieran a escoger

entre la mujer y el vino,

¿entre el vino y la mujer,

El vino es hermosa cosa!

Y luego, sienta tan bien

cuando se bebe y reposa...

Pero la mujer hermosa

¡es cosa hermosa también!

Con vino pasan las penas,

de todo nos olvidamos,

son más alegres las cenas,

pero las mujeres... vamos,

¡qué son batnas, pero buenas!

No hay nada como poner

la boca de una botella

en la boca, y ¡a beber!

Pero ¡y la de la mujer!

¡Cuánto alimbar hay en ella!

El vino es algo divino

que nos ha dado el Señor;

pero no sé a qué me inclino,

si a estar borracho de vino,

o a estar borracho de amor.

¡Cosa las dos superiores!

Por eso, sabios doctores

dicen que no hay más placeres

que las mejores mujeres

y que los vinos mejores.

Yo, a tu lado, vida mía,

de las dos cosas gozaba,

y así mil veces creía

cuando amaba, que bebía,

cuando bebía, que amaba.

Vengan las dos borracheras,

que de esos dulces excesos

prefero el que tú prefieras.

Si no salimos por besos,

saldrémos por peteneras.

No dejes, pues, de beber,

ni me dejes de querer,

porque aquí todo es divino:

menos la mujer y el vino,

y el vino con la mujer.

CONSTANTINO GIL.

PASTEL ENCICLOPÉDICO

Escena: la calle.—Personajes: dos cocineras modernas.

—Échame usted, Gertrudis, de pan en el almirez.
—Ya le escucho, Salomé.
—Usted, que en repostería sabe más que el Gutenberg y que hace las esponadas como Dios (que ya se hacer), va usted á decirme una cosa, si le parece á usted bien. Según dicen malas lenguas, ha inventado usted un pastel enciclopédico-arábigo, que me han afirmado que es de gran efecto, y hoy mismo quisiera poderlo hacer, porque yo en platos de lujo no entiendo ni el a, b, c. Pídame usted, en cambio, cosas, pídame lengua...

—Sí; ayer hubo quien me dijo cómo y en dónde la puso usted.
—Ciertos; en casa de la viuda de Rechupete; en el tres de la calle de Jardines, donde asisto. Conque á ver si me dice usted al punto cómo se hace ese pastel.
—Es un plato tan sabroso, que si que lo prueba una vez, créame usted, amiga mía, no sabe luego comer otra cosa.

—Pues ya escuchó.
—No sé si me explicará. Primero toma usted leche de burras.

—¿Para toser menos? ¡Si ahora no me mata la tos!

—No importa; ésa es la base del plato.

—¿Cómo!

—La tos!

—No, la leche.

—Bien.

—Machaca usted un mendrigo

de pan en el almirez.
Exprime usted seis limones y une su zumo con seis claras de huevo, seis yemas y seis hojas de laurel. Lo deja usted que repose, y después de disolver en un cuartillo de vino dos cascarrones de nuez, con los huevos, y la leche de burra que ha echado usted y bacalao de la Albarria y miel de Escocia y café, mezcla usted mostaza inglesa, flor de malva, cacahuets, lien del pelo de Orive, perejil, vinagre y pez. Lo mete usted en el horno, lo saca luego después, le añade usted chocolate y espárragos de Aranjuez, y después de echar tres ajos (aunque el echar ajos es de mal gusto), á los tres días ya lo puede usted comer.

—¿Pero diga usted, Gertrudis! Al que come ese pastel famoso, ¿no se le vuelve todo el vientre del revés y le pican las entrañas y se le echan á perder el hígado, el pericardio y el peritoneo y el... en fin, todos los peritos que tenga dentro del ser, llenándole de alifafes que hagan triste su vejez!

—No, señora; el que lo come revienta en un santiamén.

—¿Y por qué dijo usted antes que el que lo prueba una vez no come luego otra cosa?

—Pues... por eso, ¿sabe usted?

Porque allá en el otro mundo no hay costumbre de comer.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

El Sr. D. Enrique Gómez Carrillo ha tenido la bondad de enviarme un elegante folleto que acaba de publicar, y que titula *Esquises*.

Menos eso y un *abracadabrante*, que viene después, todo el libro está en español, aunque no juraré que sin galicismos.

Lo de *Esquises* no me gusta, porque no faltará crítico, castizo que traduzca: «Es queso,» ó con más derecho diga: «¿Qué es eso?» *Esquises* se puede decir en español de varias maneras; de modo que no hay disculpa para dar al libro ya desde la portada un carácter de afectación que desdice de alguna parte del contenido, sincera, discreta, noblemente pensada. Es un opúsculo de un género que no se suele ver en Madrid.

Se trata de un joven que, por lo visto, ha vivido en París, ha frecuentado los cafés de los literatos *nuevos*, y acaso tomó *l'absinthe* en el mismísimo *Francisco I*, especie de Jerusalén, ó mejor, de gruta de Belén del simbolismo. El Sr. Gómez Carrillo, que debe de ser muy joven, hace lo que muchos de su generación y de su tendencia; tratar con poquísimo respeto, sin ninguno, á los *precursores*.

Estos redentores modernos, ó muchos de ellos, en cuanto San Juan los bautiza, le cogen por las piernas y lo zambullen en el Jordán de cabeza, á ver si se ahoga. El Sr. Gómez no hace más que seguir la moda; en rigor su desprecio á *todo lo anterior inmediato* en él parece desinteresado; es traducido; un eco de los grandes orgullos de algunos de sus amigos de París. Uno de estos simbolistas, muy elocuente é ilustrado por cierto, el ya famoso Carlos Morice, decía de sí mismo no ha mucho que acaso *entre todos él era el único elegido*; se lo decía su propia musa.

«Et peut-être de tous es-tu le seul élu! La vanité, au fin, es cosa de todas las escuelas: no por las escuelas, sino por los que las siguen».

Personalmente, el Sr. Gómez no es arrogante, ni desdibujado, ni muestra orgullo.

Su libro es curioso, aun para quien tenga costumbre de seguir paso á paso el movimiento literario francés: está en algunos pasajes escrito con elocuencia, y se recomiendan particularmente las páginas dedicadas á describir al célebre Paul Verlaine en su vida de hospital, donde le tiene más su miseria que

sus enfermedades. Aunque no sea un Shakespeare, como quiere el Sr. Gómez, Verlaine vale mucho en efecto, y las exageraciones de entusiasta español se disculpan por la profunda seducción que hay en el misticismo realmente sentido del desgraciado poeta y en otros rasgos bien diferentes de su espíritu y de su ingenio.

Sin embargo, en un país como el nuestro, la propaganda de opúsculos como el del Sr. Gómez Carrillo es peligrosa, sobre todo en manos de jóvenes más fogosos que prudentes y afeccionados por la experiencia.

Si nuestros poetillas descriptivos y bacquerianos se hacen simbolistas, místicos, etc., no hay quien pare aquí, hablando con respeto.

Mientras G. Carrillo y Estanislao Guaita, oriundo de España, nos representan en el simbolismo francés, aquí tenemos otra escuela de *decadentes* que escriben *tercias* y *cuartanas*, y dicen que le van á pegar á uno una paliza en subjuntivo, y no se la pegan. *Fray Candil*, en efecto, empeñado en representar el Próspero de *Palabras y plumas*, á la invitación de venir á mi pueblo contesta que, lejos de eso, piensa irse á Italia. Si irá. Y yo, lo que él, hacia lo que la *sabiduría* de Iriarte, no paraba hasta el Imperio chino. Y eso que, créame á mí, para él el cambiar de postura sólo será cambiar de dolor, como dijo otro americano más listo que *Fray Candil*. *Fray Candil* es un *refractario*, un *declassé*, un *raté*, como él quiera, y ni en China le apreciarán como á la salvia. Eso ya no tiene remedio. Puede hacer una hombrada y no la hizo. Pudo venir, coger una vara de... *acobuche* (?), darme á mí otra (supongo que me daría otra), sacar punta á la suya, y... pero ¡qué! Venia, como dicen los flamencos. ¿Cuándo se verá él en otra? Batirse con *Clarín*... (con *acobuche*, señor fiscal!) un *moro Fray Candil*! Poco vale *Clarín*, pero todo es relativo. Para *Fray Candil* me sobran más de mil. La modestia tiene sus límites. Pues nada, el chico de las de *Candil* desperdició la ocasión y se contentó con buscar chistes... Y encontró uno, eso sí: «*Clarín le ha dado yo á conocer en América*». ¡Gracioso! En América tiene *Clarín*, gracias á Dios, muchísimos lectores que no saben con qué se come *Fray Candil* (se come con trinchante).

En letras de molle no se puede hablar de duelos ni quebrantos; pero se puede hablar de... asaltos.

Yo, parodiando la última novela de Fenillet, le propongo á *Fray Candil* un asalto de florete. Y el que lleve el primer botanazo, ó varios, se compromete á hacer lo que el otro le mande.

Yo le mandaría á *Fray Candil* no volver á escribir en cinco años á la redonda. Una especie de destierro... de la república de las letras.

¿Acepta *Fray Candil*? Con toda formalidad, ¿acepta? Si insiste en que él no quiere venir á mi pueblo, no hay nada perdido. Yo iré á Madrid. No voy por él (no faltaba más...); pero así como así, tengo que ir á asuntos del s.r.v.cio. ¿Acepta *Fray Candil*? Para contestar á esto, nada más á esto, tiene permiso sin recurrir á la ley!

Porque ésa es otra. *Fray Candil* se empeñó en ser *colaborador*, y se pasó con la suya. Yo le presenté en la casa, y ahora se nos cuela él, *volis nolis*, por mandato del señor juez.

Pasa modestamente á la categoría de *comunicado*; viene á ser una especie de *Astillero del Nervión*; Esta es la primera *metempsicosis*. Á la segunda le verán ustedes en la cuarta plana, en un grabadito, con esta leyenda:

Como tengo la intención de ver á *Clarín* y... ¡ese! voy á comprar un bastón de los mejores de Gras.

Ó con esta otra:

Para animarme á vencer á *Clarín*, que no me asusta... el cognac que más me gusta, *cognac fino de Moquer*.

Dice *Fray Bobadilla* que quiere llevarlo á los tribunales. No hay tal cosa. Yo le hablé de dos amigos, no de dos *terligos*.

Pero... me ha dado una idea. Pues mire usted! no está mal pensado. Según y conforme.

Dice *Fray Candil* que el obispo de Oviedo se llama Ciríaco Vigil.

No hay tal cosa. D. Ciríaco Vigil es un eminente arqueólogo, archivero de la Diputación, de barba corrida.

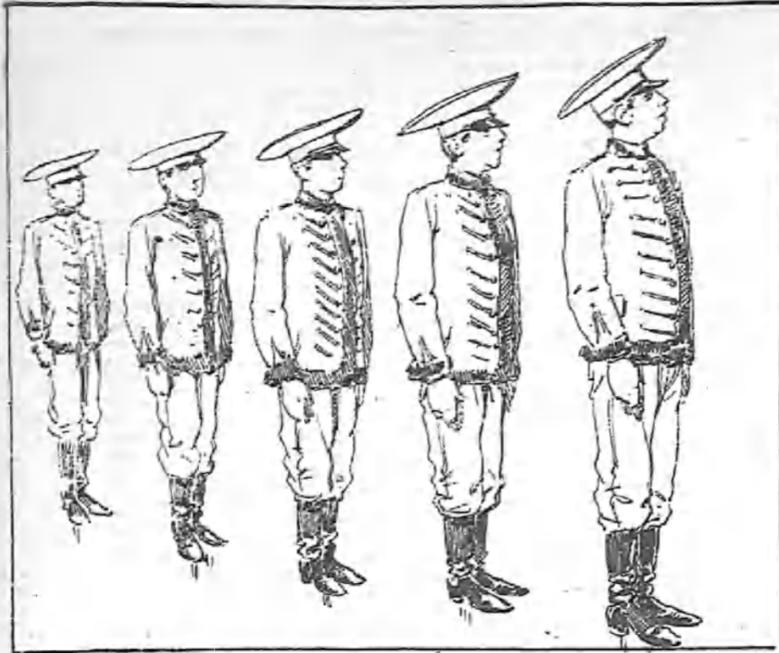
Ni por casualidad dice *Fray Candil* nada que saiga cierto.

Dice *Fray Candil* que arañé á Salmerón en la página 101 de mi folleto «Un discurso».

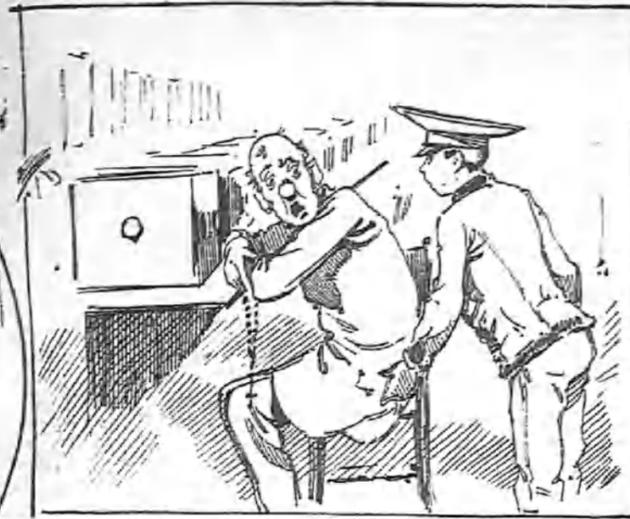
Falso. Y sepa *Fray Candil* que es cosa de meter *el dedo* entre amigos y meterse donde nadie le llama á uno.

Decía yo en esa página: «Un ilustre profesor y filósofo español, dignísimo profesor mío, en un discurso célebre que oían señoras, creía ser muy imperial diciendo que como él se con-

SALÓN EXPRESS



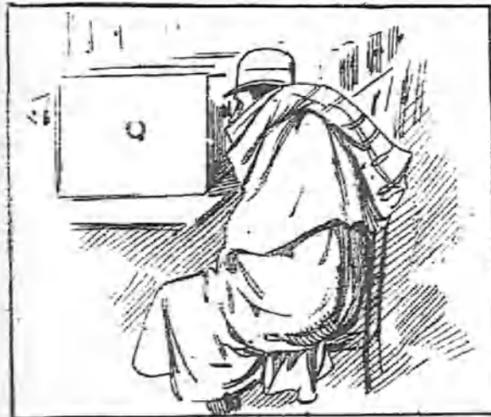
Los cosacos del Don, al servicio del caar Sr. Morales.



—Caballero, se va a cerrar.
—¡Ah! dispensa, hijo; me había dormido en el huerto de las olivas.



La ebullosa Albión.



Las heladas estepas de Rusia.



Andalucía. ¡Olé!

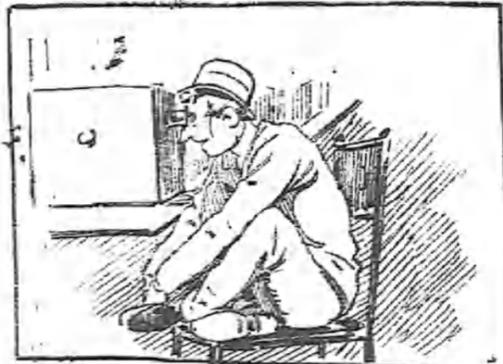
—¿Qué país desea usted visitar?
—Yo? San Martín de Provensals. Porque tengo allí una casita y quisiera ver si habrá que retejar a l año que viene.



—Usted se queda en Filadelfia, al Bueno, pues yo voy aquí a Egipto un instante y vuelvo enseguida.



En el Sahara.



En Turquía, a dos pasos del harem.



—¡Andal! ¡Mia Borrrell que vive por la Rambla!
¡Lo que menos se figura él se que va a encontrar conmigo de manos a boca!



Y se sale del salón con todas estas cosas en la cabeza.

ciencia no sabía si en el mundo de lo trascendente existía un principio...» etc., etc., y por ahí adelante; nada de atañazo, sino decir: «Pero yo, señores, con el grandísimo respeto que me merece la persona á quien aludo, digo que...» y aquí mi opinión, que difería de la del profesor ilustre, pero nada más. ¿Desde cuándo es arañar á Salmerón no estar conforme con sus respetables opiniones?

Dice Fray Caudil: «De Doña Berta sólo se han vendido dos ejemplares. Uno lo he comprado yo, y aún no lo he pagado, ni pienso.»

Pues entonces no se han vendido dos ejemplares. No se ha vendido más que uno. Porque el que compra una cosa sin que el otro la cobre es como el que encuentra una capa antes de perderla el amo. No sé qué género de humorismo será ese que consiste en hacer alarde de comprar y no pagar. Con ese humorismo se puede ir muy lejos. Le puede salir á usted el viaje á Italia por una friolera.

Pero, además (y sin contar con que también es feo eso de andar husmeando si los libros ajenos venden mucho ó poco), falta usted á la verdad por lo que toca á Doña Berta. De Monóvar recibo ahora mismo una carta que dice así: «Muy señor nuestro: Habiendo leído en el último número de MADRID COMICO el artículo á Clarín, que publica su enemigo D. Emilio Bobadilla, y recogiendo la impropia alusión á la venta de Doña Berta, nos apresuramos á manifestar que tan sólo en un rincón del Mediodía, que está, como diría la Doña Berta, allá en el finibusterre, se han vendido hasta la fecha diez ejemplares, de los cuales poseemos dos, los bastantes para demostrar la falsedad del aserto del señor Bobadilla.—Sin otro particular se ofrecen de usted... etc., etc., Joaquín Amo.—J. Martínez Ros.»

A lo cual contesto yo: Mil gracias, señores. Y otra vez no hagan caso de Bobadilla; el pobre está que habla solo. Y es capaz de publicarlos á ustedes un comunicado en la espalda. ¡Estos decadentistas!...

Su afectísimo,

CLARÍN.

SEMI-ORIENTAL

I
—Soy Ahmet el moro: voy por el desierto,
pobre y olvidado, sin tener siquiera
ni un trozo de tierra donde caiga muerto,
ni una humilde choza, ni una compañera.
Tuve en otros tiempos palacios y bienes,
un kandjar brillante comprado en Damasco,
miles de odaliscas en cientos de harenes...
Y hoy ¡ni una cabaña presta en un peñasco!
Tú, mi único amigo, mi noble camello,
¡déjame que ciña mi brazo á tu cuello!
Si tengo en el mundo contraria la suerte,
si me acusa el hambre, si miserias llora,
¡píve tú tranquilo! ¡yo no he de venderte!
¡Ven, camello mío, con Ahmet el moro!

II
—¡Hermosa cristiana! ¡Que Allah te proteja!...
¡Tú, por el desierto, triste y solitaria!...
Parecen tus bucles dorados madejas
y cantan tus ojos amante plegaria...
¡Tú, por el desierto, perdida y llorando!
¡Tú, que sintetizas lo alegre y lo bello!...
¡No, cristiana mía! Tú no has de ir andando,
mientras quede un moro que tenga un camello.
A tí, tan hermosa como las huries,
te doy mi camello... No es promesa vana,
ni fingida ofrenda... ¡Ten! ¡No desconfes!
¡Toma mi camello! ¡Llévalo, cristiana!

III
—Si era desahogado bruto mi único tesoro,
sea desde ahora de mi amor el sello.
Y después, llorando, dijo Ahmet el moro:
—¡Cuidado, cristiana! ¡Cuida á mi camello!

RICARDO J. CAPARINEU.

DIÁLGOO TRASCENDENTAL

Arrestrado por las olas,
que le sacan y le ciñen
y áridas rugen en torno
disputándose la presa,
un pescador desolado
húe, agitado de las iras,
mercando breve plágar
con horribles blasfemias.
El mar le arrestró de un golpe

de la audible burqueñuela,
y en vano á sus compañeros
pidió socorro y clemencia,
porqué apagarán sus voces
los ruidos de la tormenta.
¡Luchó la lancha-huía el puerto,
de blanca espuma cubierta,
hechos astillas los palos
y hechas jirones las velas.

Quedó el naufrago perdido,
y en vano se agita y brega
contra el mar que le destroza
y el cielo que estalla y trueno.
Una bandada de peces
que hufa de la guerra
le rodea, con las bocas
extremadamente abiertas.
—Ya eres nuestro, le dijeron;
¡nos servirás de merienda!
—¡Tened piedad!
—No es posible:
¡son las leyes de la guerra!
—¡La guerra!
—¡Por qué saliste
á la mar?
—Salí de pesca.
—Pues te pescamos nosotros,
conque ríndete, y paciencia.
—Yo tengo castro pequeños
que se mueren de miseria,
y después de mis fatigas

con vosotros se alimentan.
—Sí, pero también nosotros
tenemos crías hambrientas,
y hoy comerán de tu carne,
porque la victoria es nuestra.
—Pero será un atropello.
—Para vivir se atropella.
—Es que á vosotros os hizo
la Divina Providencia
para que el hambre os pesara
y os matara, y os guñiera.
—¡Con qué derecho en los planes
del Sommo Hacedor penetras?
—Porque mi razón lo dice.
—Por adularle embustera.
Pero nosotros sabemos,
y tenemos muchas pruebas,
que Dios nos manda á los hombres
sobre las olas revueltas...
¡para que de vez en cuando
probemos la carne fresca!

SINESIO DELGADO.

¡OH, PARADISO!

II

El verdadero público del paraíso, el que fué en otros tiempos regulador de éxitos y juez severo é inteligente que imponía su criterio á los abonados; esa masa temible y temida, cuyos sufragios halagaban al artista mucho más que los aplausos de guante blanco, no existe ya con carácter permanente.

Rovira, cuya causa defiende ahora el conde de Morphy, comprendió, con su innegable perspicacia de empresario á lo Bordenave, que el enemigo del mercantilismo teatral anidaba en el paraíso, en la cazuela, y quiso suprimirlo de raíz.

Retrocedió muy pronto ante la enormidad de la idea, pero hizo otra cosa con la cual inflirió al teatro una herida de muerte: la contrata del tenor Masini á 5.000 pesetas por función, que trajo muy pronto por resultado la de Gayarre por mayor cantidad.

El día en que Rovira firmó esas escrituras, puso en capilla al regio coliseo. El *divo* se entronizó, el *divo* fué dueño y señor absoluto del teatro, lo colectivo cedió ante lo individual, el público se acostumbró á los faisanes y no quiso probar otro plato en las comidas.

Y en cuanto al faisán de Masini, se volvió gorrión, y Gayarre se llevó desgraciadamente su faisán á la tumba. L'hardy se convirtió en Botín y comenzó la agonia del teatro.

En el establecimiento del conde de Michelena no hay prosperidad posible sin el *divo*; ése, ése es el único fenómeno ante quien se postran los abonados, los concurrentes á palcos y butacas; la colectividad que hace todavía andar el carro de la ópera italiana en Madrid.

El *divo* es sagrado para esa colectividad. Basta que gane una fuerte suma por función y que su nombre aparezca en el cartel con letras cubitales, para que él abonado estime asunto de buena crianza defenderle á todo trance y llegue hasta á perder su reposo consuetudinario, hasta á despreciar las leyes del *chic* y del *comm'il faut*.

Testigo Marconi, á quien los buenos aficionados siseaban fuertemente desde el paraíso, mientras los abonados le aplaudían á rabiar indignados contra aquellas protestas.

El tenor era guapo, el varón gustaba al eterno femenino, y Marconi cantó hasta que no pudo más. Así anda el arte en el regio coliseo.

Ya se ha visto lo que ha sucedido con Tamagno en el *Otello* de Verdi. Se ha presentado el fenómeno y su aparición ha sido para el teatro un *fiat lux*.

Ahora bien, en el Teatro Real no hay más que dos públicos: el postizo y el verdadero, el que va por obligación y el que asiste al espectáculo cuando le da la gana.

Desde el punto de vista comercial el público postizo es el verdadero, puesto que la moda le obliga á surtirle de la tienda de Michelena, gústese ó no le gusten los géneros que allí se despachan para el consumo diario.

Desde el punto de vista artístico no hay más público verdadero, en general, que el del paraíso, porque éste no se ve forzado como el otro á aceptar cuanto le ofrecen, y rechaza enérgicamente lo que repugna á su paladar.

El público del paraíso posee sobre él abonado esa inmensa ventaja. El abonado tiene que decir como el posadero sordo de *El postillon de la Rioja*: «¡A mí me han traído á la juerza!», mientras que para la cazuela no hay ejuerzas que valga. Si le gusta una ópera va al teatro, y si no le gusta vuelve las espaldas y huye de la tienda.

Y como la tienda huele á mercancía averiada, de aquí que el abonado no asista al paraíso sino las noches en que repican gordo, dejando las demás, es decir, casi todas, á los alabareros de los artistas y de la empresa, sin los cuales el teatro estaría perdiendo á veces la marcha fúnebre de Chopin instrumentada por Ferrer y Michelena.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 35

ANUNCIOS

LOS DIOS MAYORES



Empezó Mercurio asegurando terminantemente que no había almacenes de géneros más baratos que los de *Bodero y Villarrubia*, Serrano, 36 y 38.



Minerva dijo que ella había sustituido la lanza por un bastón de *Gras*, Alcalá, 40, que era más bonito y más resistente.



La interrumpió Marte para recomendar á los presentes los trajes de punto de casa de *Tirso Rodríguez*, Atocha, 75 y 77.



—Y á propósito de trajes— dijo Vulcano,—ustedes no saben lo que me gustan los que hace *Pesquera*, Magdalena, 20.



Saturno mostró entonces el reloj con que había sustituido al de arena, y que le cuidaba y arreglaba *Brañas*, plaza de Matute, 12.



Venus confesó que la mayor parte de su hermosura dependía de una magnífica dentadura comprada á *Tirso Pérez*, Mayor, 73, por poco dinero.



A todo esto Baco indicaba por señas que no había bebido nada mejor que aquello. Y apuraba una botellita de *Cognac fino de Moguer*. *Avansaya*, Carmen, 10.



Vociferaba Cupido recomendando las camisas para frac de casa de *Martinez*, San Sebastián, 2, que le ayudan á arreglar corazones.



Juno defendía á capa y espada los caprichos para regalos de la *Perfumería Americana*, Espoz y Mina, 26.



Hércules, para demostrar que comiendo en *Las Tullerías*, Matute, 6, se duplicaban las fuerzas, empezó á pegar puñetazos á diestro y siniestro.



En vano Júpiter, de pie sobre la cama de la plaza de la Cebada, número 1, que había elegido para trono, procuraba calmar los ánimos.



Los dioses querían hablar todos á un tiempo defendiendo sus respectivas tesis, y acabó por convertirse el Olimpo, como ustedes ven, en un verdadero campo de Agramante.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera planta.

Teléfono núm. 2.160.

ENSPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID